El perro sin rabo

Juan Farias

Media Tarde es un pueblo que parece redondo y está a la orilla del mar.

Media Tarde también parece un pueblo cuadrado y está muy cerca del bosque que llaman de los zorros.

Si lo miras desde arriba se asemeja a la tabla del siete.

Si lo miras de la parte por donde sale el Sol, parece un pueblo.

Pero si lo miras del lado contrario no notarás la diferencia.

Si pudieras mirarlo desde abajo, si fueras un ratón, te parecería un queso.

En Media Tarde, como en cualquier pueblo, vive gente alta, gente baja, gente alegre, gente triste.

Hay una iglesia con dos campanas, la estatua de un señor, dos guardias, un bombero, etc., etc.

Y a toda esta gente le pasan cosas. Se mojan cuando llueve, se secan cuando sale el Sol, bailan, nacen, cantan, ríen, lloran, tienen, ganan, pierden, desean...

La estatua que está en el centro de la plaza es de un señor desconocido, alguien que a buen seguro no inventó nada, ni fue un héroe.

La hicieron así para no desatar envidias, pensando que si la estatua se la hacían al abuelo de López, los nietos de Pérez se enfadarían y con razón. De esta forma tienen estatua y no tienen problemas por culpa de la vanidad.

En Media Tarde pasan cosas como estas:

Por ejemplo, voy a contaros lo que ocurrió el día en que cumplió años el hijo del hombre rico.

En Media Tarde, como en cualquier sitio, hay un hombre rico y pobres.

Al niño le regalaron muchas cosas.

Le regalaron un caballo de madera, seis pares de calcetines blancos, una caja de lápices, y tres horas diarias para hacer lo que quisiera.

Durante los diez primeros minutos el niño rico miró todo con indiferencia.

Empleó otros diez minutos en hacer rayas por las paredes.

Otros diez en arrancarle una oreja al caballo.

Y otros diez en dejar sin minutos las tres horas libres. Esta última maldad fue haciéndola minuto a minuto, despacio, aburrido, por hacer algo, sin saber qué hacer.

Y al poco rato un niño seguido de un perro sin rabo.

Al deshacer los paquetes, más aburrido que impaciente, había tirado por la ventana la cinta azul con que venía amarrada la caja de lápices, una cinta como de medio metro, poco más de tres cuartas, de un dedo de ancha, de un azul fiesta, brillante.

La cinta fue a dar a la calle, a los pies de Juan Lanas, un niño despierto, de ojos asombrados, pies descalzos y hambre suficiente para cuatro.

Juan Lanas pensó que aquello era un regalo maravilloso, pensó que era lo más maravilloso que le había ocurrido en la última semana, y en la que estaba pasando, y seguramente en la que iba a empezar.

Pensó que era la cinta con la que se amarran las botellas de champaña a la hora de bautizar los maravillosos barcos de los piratas.

Pensó que era la alfombra que usaron los liliputienses el día que bautizaron al hijo del Rey.

Pensó que sería un bonito lazo para el pelo de su madre si su madre viviese.

Pensó que haría muy bonito en el cuello de su hermana si tuviera una hermana.

Pensó que le gustaría usarla para pasear a su perro si era capaz de encontrar a ese

golfo de Cisco, sin rabo y ya tan viejo.

Pensó que no estará mal para sujetar por el cuello a la tortuga que quería tener.

Pensó que bien podía ser fajín de general.

Y pensándolo empezó a desfilar al frente de sus soldados, todos con plumero, todos con espada.

Y Juan Lanas desfiló, por las calles de Media Tarde, a la media tarde, importante, decidido.

Los que lo vieron pasar pensaron que era un niño seguido de nadie.

Y al poco rato un niño seguido de un perro sin rabo.

Pero Juan Lanas sabía que el perro era su mascota, que los soldados pasaban de siete, que era todo lo que Juan Lanas sabía contar.

Y mientras Juan Lanas desfilaba, el niño rico se aburría.

Yo conozco al niño rico, y al niño pobre y al perro sin rabo.

Yo conozco a casi todos en Media Tarde.

Tengo muy buenos amigos.

Por ejemplo, Juan Acost, un viejo pescador que suele contarme historias magníficas.

Algunas de sus historias son tristes; otras, alegres; muchas, muy divertidas, pero todas, según él, verdaderas.

—Sólo me gusta hablar de lo que yo vi o a mí me ocurrió. De lo que me cuentan no suelo fiarme porque la gente, hijo, exagera.

Juan Acost fue amigo de Simbad el Marino.

Y marinero con Cristóbal Colón en aquello de descubrir América.

Y acompañó a Admunsen, el que fue al Polo Norte.

Y es amigo íntimo del calamar Roberto, quien le da la tinta que necesita para escribir sus cartas.

Juan Acost, que ha navegado mucho, afirma que la ballena más grande es de color blanco, que se llama Moby Dick, pero que no se ha comido ningún barco, ni a Pinocho, ni a Jonás, que no puede tragarse nada que sea más grande que un pececillo así, de este tamaño, mínimo, y para eso con grandes dificultades.

—Conocí a la Ballena Blanca —dice—, a Moby Dick, y tuve que consolarla porque la mala fama que le dieron la obligaba a vivir sola y eso es algo muy triste que no le gusta a nadie.

Cuando el barco de Juan Acost se quedó sin carbón en medio de la mar, la Ballena Blanca vino a ayudarle y lo remolcó a través de una calma chica, dos galernas y una fuerte marejada, hasta el puerto de Vigo.

Y como Juan Acost no tenía dinero para comprar carbón, la Ballena Blanca bailó cerca del muelle, bailó un vals vienes, una muñeira y la danza de las ballenas, todo para que Juan Acost pudiese pasar la gorra y reunir las siete pesetas que le hacían falta.

Este es mi amigo Juan Acost, un viejo encantador, de pelo blanco, calamar en la solapa y pipa de hueso.

La pipa está hecha con un diente de tiburón azul.

El tiburón azul no sé si es el más grande, pero sí parece ser el más feroz.

El tiburón perdió el diente cuando quiso comerse la pata de palo de Juan Acost, que es de roble y florece en Primavera.

El pobre tiburón, desde aquel día, sólo puede comer sopita de maíz a cucharadas.

Y la pipa de Juan Acost echa un humo maravilloso.

Juan Acost es pobre, yo lo sé. A veces le doy las tres pesetas que me dan a mí los domingos, cumpleaños y fiestas de guardar y él me lo agradece contándome otro de sus sueños.

Por ejemplo, aquel del que no es rico porque siempre fue generoso.

Una vez, buscando según indicaba un viejo mapa (en la Isla de Tortuga, naturalmente), encontró un tesoro.

Encontró un tesoro, montañas de dinero y cosas increíbles:

La auténtica lámpara de Aladino.

Las plumas de Toro Sentado, gran jefe de la Nación Cheyene.

Y el queso que nunca se acaba.

Pero se lo regaló todo a las tortugas para que se compraran un casco.

Antes, las tortugas no tenían casco, pasaban frío y cualquiera podía comérselas.

Ahora, gracias a mi amigo, se sienten seguras y calientes.

El viejo Juan Acost, el pescador cojo, de pelo blanco, con un calamar en la solapa, y que fuma en una pipa hecha con el diente de un tiburón, es amigo mío y fabrica maravillas.

Sólo exagera cuando dice que no exagera, yo lo sé.

Vive aquí, en Media Tarde, en un rincón del muelle, no tiene fortuna pero es feliz cuando yo soy feliz escuchándolo.

Y diría más, creo que cuando cierra los ojos puede llegar a creerse sus fenomenales embustes.

Estos son algunos de los habitantes de Media Tarde, ese pueblo que parece redondo que está a la orilla del mar. También que parece cuadrado y a la orilla del bosque de los zorros, que si lo miras desde arriba parece la tabla del siete, que si lo miras de la parte por donde sale el Sol parece un pueblo, y que si lo haces del lado contrario no notarás la diferencia.

Con un poco de tiempo y si llegamos a ser amigos, os iré contando cosas de todos.

Juan Farias

El perro sin rabo. Madrid: Marpol, 1977.